

Pero lo pésimo es llevar al Sr. Velarde al círculo de «no sé qué militar» y dejarle leer un romance en prestigio de la clase, y lleno de espíritu de cuerpo.

¡Sr. Velarde, ahí estamos!

¡Y yo que le hacía á usted en Filipinas!

Leí en *La Correspondencia* que un Sr. Velarde iba de interventor de pagos, ó cosa así, á Manila, y dije: será él. Sí, me lo daba el corazón; aquellos poemas, como los dramas de Retes, tenían que parar en Hacienda, que es siempre la que paga el pato y los versos malos.

¡Y ahora resulta que usted está en la Metrópoli, entreteniéndole á los militares con coplas!

¡Como quien dice, brindándoles con las delicias de Capua!

¡Oh; usted hará carrera! usted *irá lejos*, como dice el Sr. Ladevese, que también llama *banal* á lo vulgar.

Al decir que usted *irá lejos*, no me refiero á Filipinas; cometo un barbarismo.

Puede usted ir ó quedarse; ahora, si buenamente quiere usted irse...



DE PROFUNDIS

La Unión quiere meterle miedo á *El Siglo Futuro*, y escribe del infierno con todos sus diablos y altos hornos.

¡Hombre, el infierno! me dije yo al leer el artículo: ¡venga de ahí! Estos recuerdos de la infancia, consuelan. La imaginación, ya amortiguada, renace y cobra nuevo vigor con estas hermosas perspectivas del tiempo pasado. ¡Oh, qué feliz era yo cuando creía en el infierno!... Era cuando jugaba al trompo.

¡El infierno, el infierno! ¡Cuánto me alegro de volver á verle, quiero decir, de volver á acordarme de él! Indudablemente, ¡cuanto más poético es el catolicismo que esta fría reserva á que el sentido común le condena á uno en punto á las cosas de tejas arriba y del suelo abajo! ¿Por qué no había

de haber infierno? Dice bien *La Unión*: «la mayor parte de los hombres son egoístas, y el loco por la pena es cuerdo.» El egoísmo es la ley del mundo, puede decirse, y por lo pronto es la ley de la Iglesia. Ihering atribuye al egoísmo del pueblo romano la grandeza de su derecho y de sus conquistas; y es que, en rigor, ser egoísta no es más que satisfacer los instintos naturales. Fuera de tres ó cuatro docenas de ministros que lo son por sacrificarse al país, casi todos somos egoístas.

Pues si todos somos egoístas, nada como el infierno, ó sea el *dogma terrible*, que dice *La Unión*, para poner las peras á cuarto á la pícara humanidad.

De esta lógica mestiza se saca en consecuencia, viniendo de una en otra, como hacen los escolásticos, que para justificar la existencia del infierno, un dogma, es necesario que el egoísmo impere; y también se saca que el día en que la humanidad mejorase y no fuesen los egoístas los más, sino unos pocos, tal vez ninguno, el infierno no tendría razón de ser, y habría que cerrarlo, ó dedicar el local á otra cosa.

¡Buena está la teología de *La Unión*! El día en que los pecadores tengan el dolor de contrición en vez del dolor de atrición, y eso es el *desideratum*, ¡adiós, infierno!

La Unión dice, además, que no se puede esperar

que encuentren su utilidad en practicar la moral en los grandes conflictos de la vida los hombres *reales y verdaderos* del pueblo bajo, y medio, y alto. Vamos, todos los hombres *reales y verdaderos*.

¡Bonita idea tiene *La Unión* de sus semejantes! ¿Conque el infierno se explica porque el mundo es un presidio suelto? ¿Conque *cuando se cruza un interés* no hay moral que valga?

¡Acabará *La Unión* de expresar el programa de los mestizos!

Su filosofía es una mezcla de Leviatan y P. Astete, de Locke y Catecismo. Su política es ésta: el mundo está perdido, el infierno es la gran sanción de las leyes, y el Estado debe ser una sucursal del infierno. Y esto casi siempre sucede; en eso acierta.

Para dar autoridad á su tesis, *La Unión* no cita con muertos; nos dice que ahí está el Sr. D. Fermín Lasala, que en sus ratos de ocio de ministro cesante se dedica á filósofo.

La verdad es que el Sr. Lasala no es muy conocido como pensador en el extranjero.

Yo que *La Unión*, en vez de poner por testigo á D. Fermín, recurriría al P. Coll, de los menores observantes de San Francisco, el cual P. Coll ha escrito un libro acerca del purgatorio y las benditas ánimas. El P. Coll, que tanto sabe del purgatorio, debe saber algo del infierno.

Y si no, que pregunten al Sr. Lastres, que está

muy enterado en todas esas cuestiones de cárceles y presidios.

En fin, que *La Unión* aconseja que se hagan trabajos de reparación en el infierno, que amenaza ruina; porque con el infierno, y sólo con él, se puede contener la furia de la revolución que amenaza, etc.

Quiere el infierno para los rojos; porque, dice él, todo ese populacho que no tiene que comer, es capaz de echarse á la calle á buscarse la vida; y ¿á dónde iríamos á parar? Es preciso enseñarles los dientes; es preciso que sepan lo que les espera después de esta vida, en que ya no tienen que comer. Es preciso que sepan que todavía está el rabo por desollar, y que aún les falta padecer en el otro mundo las de Caín, y que eso de morirse de hambre, de frío y de cansancio son tortas y pan pintado en comparación de las penas eternas

La caridad, en todo esto, salta á la vista.

¿Por qué toma con tanto afán el periódico mestizo la restauración del infierno?

Todo eso, en rigor, no es más que una manera ingeniosa de pedir el Gobierno para Cánovas.



UN SABIO MÁS

A la manera que una ormiga cayendo de una torre tiene grandes probabilidades de no hacerse daño, por lo liviano de su peso, del propio modo ciertas instituciones sociales que ya no sirven para nada, ni jamás sirvieron para mucho bueno, viven y viven, sin que nadie tome empeño en matarlas, por lo mismo que no significan nada, y no hacen más daño que el que á la larga produce siempre lo inútil.

Hay hasta grandes religiones que son anacronismos en el siglo, y sin embargo siguen viviendo como en los tiempos en que la conciencia de los pueblos les pertenecía de veras.

Esta clase de existencia solamente se consigue consintiendo en ser una cosa insignificante, de movimientos mecánicos, sin propia fuerza.